



el indigente

En una acera ancha, no lejos de mi casa, se pone un hombre sin hogar. A su lado suele tener sus

escasas pertenencias y en el suelo un platito con monedas de uno o dos céntimos. Supongo que irá cogiendo las de más enjundia y dejar las mínimas como señuelo. Es joven, delgado y muy miope. Parece ocupado en sus pensamientos y mira pacíficamente a los imperturbables paseantes.

La primera vez que lo encontramos, mi hija Candela se precipitó sobre su platillo, cogió dos de esos céntimos, y le preguntó que si se los regalaba. El indigente le dijo que sí, que se los llevara.

Cuando seguimos caminando le expliqué que no había hecho bien, que ese chico no tenía casi dinero, y que ese platito era para echar no para coger. Candela se volvió corriendo y fue a devolverle las monedas. Entonces el chico, desolado, exclamo: «No, por

favor, son tuyas, yo te las he regalado». Ella me miró, y yo, comprendiendo lo importante que era para ese hombre, como para todos, poder dar, asentí: «Está bien, pero entonces da las gracias». Candela agradeció y él la sorprendió con una tierna sonrisa mellada.

El otro día volvimos a pasar por ahí. Esta vez tenía una enorme lámpara de araña a su lado, una alfombra enrollada y una pequeña concha. Con su mirada miope se acercaba la concha a los ojos como si quisiera ver un mar imposible. Mi hija se paró y le preguntó qué era lo que miraba. Él levantó los ojos y dijo muy serio: «Hay un pájaro». Candela hizo un gesto de incredulidad. Entonces él le tendió la concha pinta-

da y añadió: «Mira, yo tampoco podía creerlo, pero hay un pájaro minúsculo dentro del círculo». La niña enseguida lo vio y lo ce-

lebró a gritos: «¡Hay un pájaro, un pajarito, es genial!» El indigente, entonces, exclamó: «Te la regalo». Candela agarró fuerte la concha y se lanzó a besos sobre el hombre de la lámpara maravillosa. Yo observaba la escena impresionada. Era tan fácil para ella abrazar a ese chico sucio, pobre y desdentado. Era tan grande el tesoro que él le había dado. Para él era todavía más. Estaba tan emocionado con los besos de la niña que casi no podía hablar. Cuando recu-

peró el aliento susurró: «Es el regalo más bonito que me han hecho en muchos años». Creo que Candela no lo entendió del todo. Yo sí; yo entendí perfectamente lo que debe significar para un hombre marginado y mendigo unos besos así. Entendí lo espantosa que es en cierto sentido la edu-

cación, el amaestramiento de las criaturas. Porque yo debería haberle dicho a mi niña que eso no se hace, que esos hombres pueden tener enfermedades porque apenas se lavan y quién sabe qué más cosas. Pero me callé. Estaba demasiado conmovida con el regalo que me habían hecho a mí. Para Candela fue la concha con el pájaro pintado, para el hombre los besos de una cría preciosa, para mí verlo. Ver la escena y descubrir la alegría de ambos. La pureza de ambos. Además, el indigente me regaló también esta página, aunque él no lo sepa.



Paloma PEDRERO (*La Razón*)